

*Cuadernos
liberales*

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork at both ends, positioned below the word "liberales".

La magia
de la política
monetaria

JOSÉ ANTONIO DE AGUIRRE

LA MAGIA
DE LA POLÍTICA
MONETARIA



Unión Editorial

2020

© 2020 José Antonio de Aguirre
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Nicaragua 17 - local • 28016 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-791-9
Depósito legal: M. [En trámite]-2020

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del *copyright*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PREÁMBULO	11
LA MAGIA DEL PATRÓN-ORO	15
LA MAGIA BRITÁNICA AL DESCUBIERTO	21
EL COLAPSO DE LA MONEDA ALEMANA	25
LA MAGIA DE LA REFORMA MONETARIA ALEMANA DE 1923	31
UN COLAPSO FINANCIERO NO ESPERADO.....	39
LA FRAGILIDAD DEL SISTEMA BANCARIO.....	43
EL SEÑUELO DEL NIVEL DE LOS PRECIOS.....	51
LA MAGIA ITALIANA DE MARIO DRAGHI	57
LA ESTABILIDAD DE LA EUROZONA	63
EPILOGO	71

Estoy totalmente convencido de que cualquier intento de volver a instaurar, en este momento, el patrón-oro, mediante un acuerdo internacional, sería roto al poco tiempo y simplemente serviría para desacreditar, durante mucho tiempo, el ideal de un patrón-oro internacional.

F. A. HAYEK, 1971.

¹ *Obras completas: Ensayos de teoría monetaria II*, Unión Editorial, 1975, p. 177.

I

PREÁMBULO

En la Antigüedad, los gobiernos de los pueblos siempre tuvieron que estar vigilantes de la marcha de los precios de determinados bienes, como el trigo o el arroz, que constituían la base del sustento de sus súbditos, porque los momentos de carestía de esos bienes eran propicios a las revueltas sociales que se aprovechaban para alterar el orden político establecido. Así pues, la costumbre moderna de estar pendientes a todas horas de lo que sucede a nuestros niveles de precios tiene antecedentes remotos, y lo mismo cabe decir del poder de emitir dinero que los gobiernos modernos atribuyen a sus bancos centrales, si bien una cosa es el poder de acuñar monedas y otra bastante diferente el de emitir o imprimir papel-moneda o reservas bancarias.

Los gobiernos de la Antigüedad supieron captar pronto las ventajas que podían derivar de constituirse en guardianes de la fabricación de monedas, y monopolizaron su acuñación. Con el pretexto de vigilar sus adulteraciones o falsificaciones, vino a resultar que ellos fueron los primeros en hacerlo para su propio beneficio. La adulteración de la moneda les permitía extraer recursos de sus súbditos por un procedimiento sutil y, en apariencia, sin costes políticos, a diferencia de lo impopular que resultaba detraerlos recaudando impuestos.

No obstante, mientras el único dinero aceptado voluntariamente como medio de pago fue el metálico, el mundo de

los negocios siempre se las ingenió para mantener un elevado grado de calidad en las monedas con las que llevaban a cabo sus tratos internacionales. De forma tal que, durante siglos, la única forma de conseguirlas fue hacerlo directamente, mediante la explotación de los yacimientos mineros o en los intercambios, vendiendo mercancías por más valor de las que comprábamos.

En lo que se refiere a la vieja Europa, durante una buena parte de la Edad Media solo pudo disponer de la plata que producían los yacimientos de la Europa Central, y en cuanto al oro, las acuñaciones europeas fueron tardías. El oro que las hizo posibles procedía de África y aflucía al continente a través de Sevilla y Sicilia mediante el intercambio. Por eso, el descubrimiento de los yacimientos de oro y plata por los españoles en América fue un auténtico revulsivo. No tiene nada de particular que a raíz de aquello todos trataran de ingeniárselas para hacerse con esas riquezas, acudiendo al robo si era necesario.

Los únicos que, en apariencia, no necesitaban otra cosa que asegurarse la explotación de aquellos yacimientos eran los españoles; el resto solo podía aspirar a conseguirlas a cambio de otros bienes. Pero esto fue lo que, al final, resultó ser más provechoso. Los historiadores resaltaron los efectos de esa afluencia de metales en los precios. Pero a la vista de las tasas de inflación registradas, estas fueron entonces modestas y no superaron ese mítico dos por ciento anual de nuestros días. El efecto más importante a destacar fue otro, porque aquella notable entrada de metales no sirvió para modernizar la economía de España, cuyo comercio exterior siguió descansando en las exportaciones de materias primas (lana y seda en bruto, hierro, aceites y vinos) con las que cubríamos las importaciones de manufacturas y artículos de lujo que, a raíz de aquellos descubrimientos, experimentaron un fuerte aumento de su demanda.

En la primera mitad del siglo XVI, las remesas americanas de oro y plata fueron relativamente modestas respecto a las de la segunda mitad de aquel siglo. Pero todos esos metales preciosos acabaron distribuidos por toda Europa, hasta el punto de que, a lo largo de todo el siglo siguiente, el país encontró serias dificultades para cubrir el déficit de su comercio exterior, agudizado por el descenso en los precios de sus exportaciones. Se puede decir, sin temor a errar, que aquellas remesas sirvieron para prender la llama en toda Europa del moderno capitalismo comercial y financiero, salvo en España. Y este fenómeno volvió a repetirse, dos siglos después, con el descubrimiento de los yacimientos de oro en el Brasil portugués, cuya producción acabó absorbida por el importante déficit de su comercio exterior con Inglaterra.

Todo esto sirvió de inspiración a Adam Smith. De poco servía estar en posesión de yacimientos de oro y plata si con ello solo conseguíamos financiar, a duras penas, toda suerte de conflictos bélicos. Era necesario llevar al ánimo de las naciones que, para el normal desarrollo de las actividades económicas, no era esencial que el gobierno pusiera más atención en conseguir el dinero necesario para su circulación que la que necesita un país sin viñedos para adquirir el vino, allí donde se produce en abundancia. El dinero, como el vino, se conseguiría a cambio de otros bienes que fuéramos capaces de producir con ventaja².

Fue así como las naciones sin yacimientos consiguieron el dinero que precisaban para la circulación de sus bienes. Pero cuando los banqueros fueron capaces de ir sustituyendo las incómodas monedas metálicas por los billetes que ellos mismos emitían, con la promesa de reembolsarlos a la

² A. Smith, *Una Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, 1776, Cannan, University of Chicago Press, p. 406. [Trad. esp.: Tecnos, 2009, p. 509].

vista en oro o plata, las cosas empezarían a cambiar radicalmente. Los soberanos y sus gobiernos descubrieron pronto que este era un genial invento que les iba a facilitar mucho la financiación de sus proyectos. Solo tenían que monopolizar la emisión porque la magia acabaría haciendo el resto.